



"EL CAMELO OLVIDADO"

En vísperas del 50º Aniversario de la Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá

FRANCISCO MANTECÓN CAMPOS
Alcalá de Guadaíra, 2007
Editorial Guadalupe

COLECCIÓN DE CUENTOS NAVIDEÑOS
DE LA
ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
DE
ALCALÁ DE GUADAÍRA

I (1997)

La princesa del lunar

Texto: Antonio Rodríguez Almodóvar

Ilustraciones: Isidoro Villalba Corzo

II (1998)

Germán, el pequeño mago

Texto: Ignacio de Loyola Ríos Cañavate

Ilustraciones: José Martínez Recacha

III (1999)

Las historias del abuelo

Texto: Francisco García Rivero

Ilustraciones: Francisco Barranco García

IV (2000)

Juan el cascarrabias

Texto: José Antonio Francés González

Ilustraciones: Francisco Javier García Jiménez

V (2001)

El país de los juguetes

Texto: Alberto Mallado Expósito

Ilustraciones: M^a Luisa Araújo Florindo

VI (2002)

El Dragón y los Reyes Magos

Texto: José Manuel Campos Díaz

Ilustraciones: Javier Hermida Ruiz

VII (2003)

Rachid y la Princesa encantada

Texto: Javier Caraballo

Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez

VIII (2004)

Mateo y la Banda del Alpechín

Texto: Isidro Maya Jariego

Ilustraciones: Xopi

IX (2005)

Aquellos niños del río

Texto: Olga Duarte Piña

Ilustraciones: Rafael Luna

X (2006)

El caballo de madera

Texto: José Antonio Mallado Rodríguez

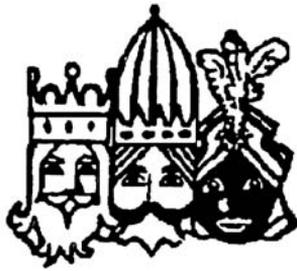
Ilustraciones: Celestino Boge Rangel

XI (2007)

El caramelo olvidado

Texto: Francisco Mantecón Campos

Ilustraciones: Francisco Mantecón Campos



La Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra, institución decana de la Navidad, quiere homenajear y obsequiar, por medio de este cuento, a todos los niños y niñas alcalareños. Estamos convencidos de que, a través de su amena y alegre lectura y la belleza de sus ilustraciones, estos hombres y mujeres del futuro serán asiduos lectores y personas más receptivas a las cosas de su ciudad. No podemos olvidar nunca que la cultura y la educación hacen a las personas más libres.



*Esta edición se distribuye gratuitamente entre los niños y niñas alcala​reños
por gentileza de la Asociación de Amigos de los Reyes Magos
de Alcalá de Guada​fra*

© Edición: Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guada​fra

© Texto: Francisco Mantecón Campos

© Ilustraciones: Francisco Mantecón Campos

Edita: Editorial Guadalmena S.L.
C/. Vicente Aleixandre, 1
41500 Alcalá de Guada​fra (Sevilla)
Tlf.: 95 410 01 63

ISBN-10 84-86448-91-3
ISBN-13 978-84-86448-91-2

Depósito Legal: SE-5080-06

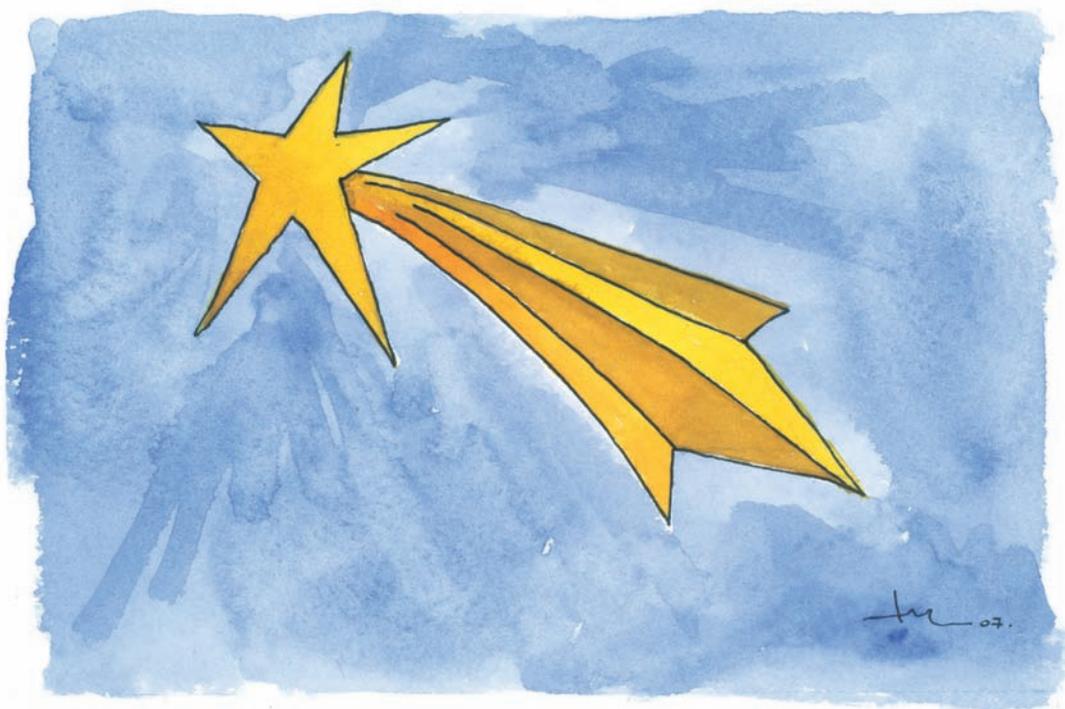
Imprime: Egea Impresores S.L.
Parque Sevilla Industrial (P.A.R.S.I.), C/. Parsi 6 - Nave 6
41016 Sevilla
Tlf.: 95 425 57 90

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningun procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo de los autores.

*A mis hijas, Rocío y Diana, con quienes
he vuelto a descubrir la importancia de los cuentos.*

*A cuantos a lo largo de cincuenta años, cada cinco de enero,
han hecho posible el sueño de la Cabalgata de Reyes de Alcalá.*

Al valor de las cosas sencillas.



"EL CAMELO OLVIDADO"

Francisco Mantecón Campos

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS

Alcalá de Guadaíra 2007

Editorial Guadalmena

Cuentan que un día quiso Dios salir de Rey Mago, y era tanta la ilusión y el entusiasmo con que lanzaba los caramelos que muchos de ellos se quedaban para siempre prendidos del cielo, brillando en su envoltorio de celofán. Son lo que hoy llamamos estrellas...

Pero esto sucedió mucho tiempo después de la historia que ahora vamos a contar.



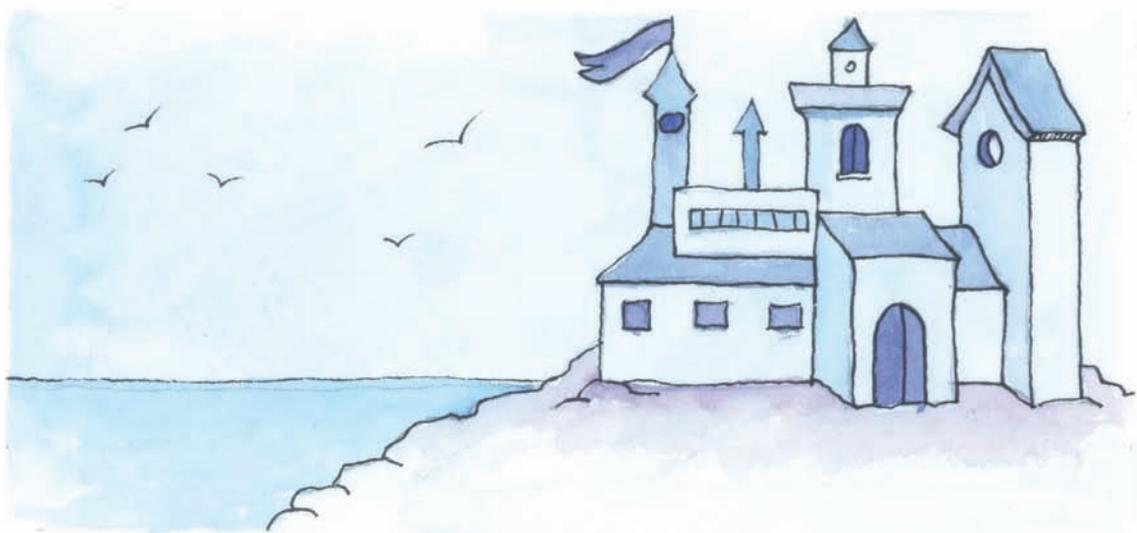
A MANERA DE PRESENTACIÓN, AUTORIZADA PARA MAYORES.

Suele sucedernos a las personas mayores que las muchas ocupaciones, el trabajo y la inercia de los días van llenando nuestra vida de color gris "rutina" y adormeciendo nuestra capacidad de soñar y de asombrarnos como los niños. Quizá por eso ellos, que se dan perfecta cuenta, suelen utilizar el arma de sus preguntas aparentemente "insensatas" para descolocarnos y hacernos reaccionar.

Así sucedió al narrador de esta historia real -vean ustedes mismos en cuál de los sentidos de la palabra "real"-, cuando al final de un día, cansado y ensimismado en sus cosas, escuchó de sus hijas Diana y Rocío esta pregunta: -"Papá, y a los Reyes Magos cuando eran niños ¿quién les llevaba los juguetes?"-

La respuesta en este caso, por mucho que tengan de "magos" los protagonistas de la pregunta, no precisó ser encontrada en manuscritos antiguos, en libros ni enciclopedias, en anagramas jeroglíficos tallados en piedra ni en interpretaciones de ningún cuadro de Leonardo Da Vinci, como pasa tantas veces en las historias que hoy están de moda. Bastó algo mucho más sencillo: ¡Un caramelo olvidado en el bolsillo de una chaqueta! A algunos de ustedes les habrá pasado también; en medio de una jornada cualquiera del año, lejanos los sentimientos que cada cinco de enero se vuelven a despertar en nosotros, al llevarnos la mano al bolsillo de algún pantalón o prenda cualquiera, nos encontramos con un caramelo olvidado, que allí quedó tras ver pasar la última Cabalgata de Reyes.

Ese sencillo caramelo, brillando como una estrella de azúcar en la oscuridad de nuestras preocupaciones de adultos, tiene los mágicos poderes de hacernos capaces de volver a pensar como los niños, y así entender sus preguntas y encontrarles respuestas, como el padre que narra esta historia la encontró en los hechos que a continuación se relatan.



Baltasar, Melchor y Gaspar eran hijos de los monarcas de tres reinos muy cercanos entre si, allá por las exóticas regiones de Oriente, donde la luz es tan hermosa que el Sol nace cada mañana revestido de ella como si fuera una enorme galleta bañada en batido de vainilla.

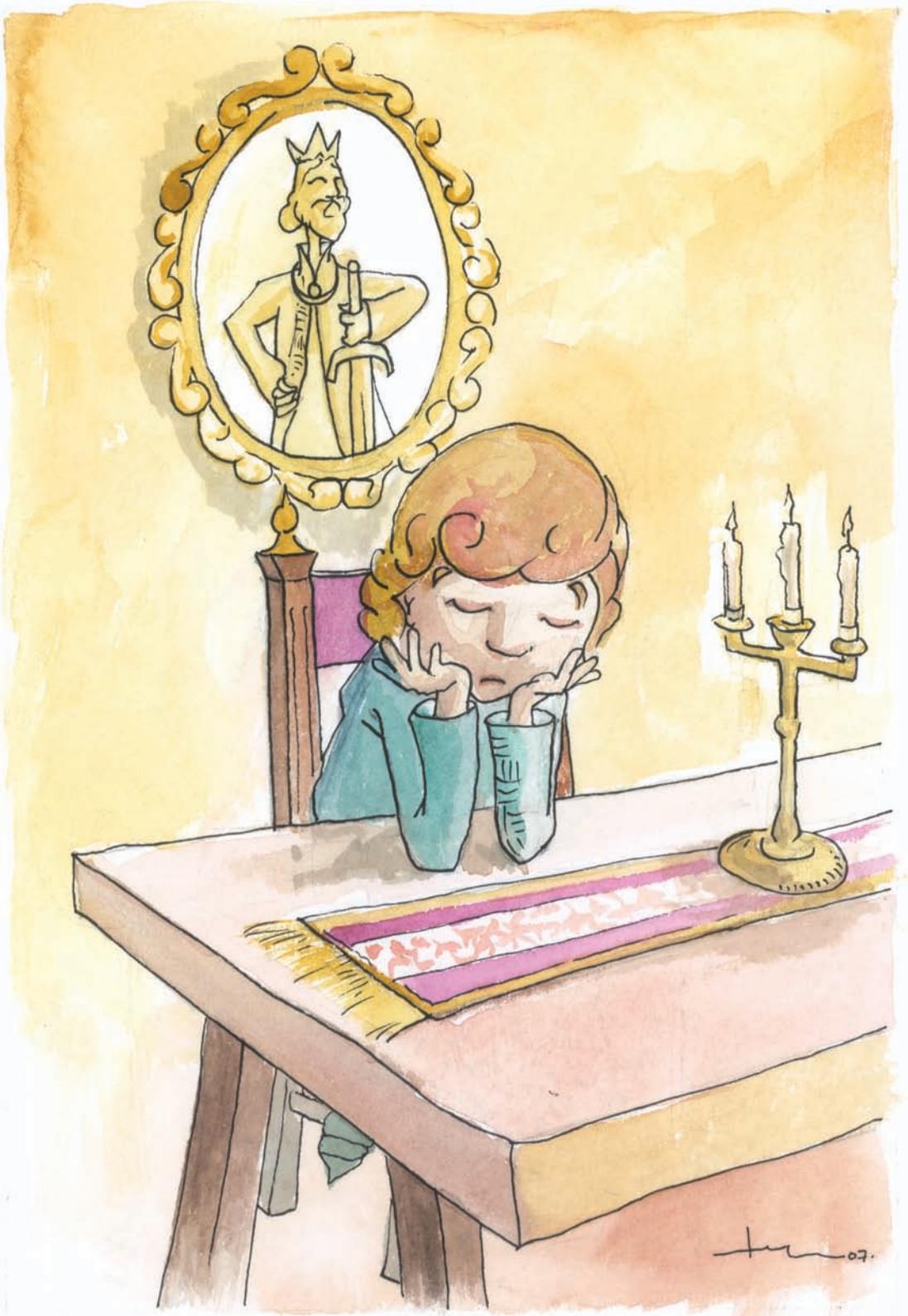
Gaspar tenía nueve años. Era hijo del rey Fabul, que gobernaba desde mucho tiempo atrás en las montañas rojas y anaranjadas de un pequeño pero hermoso país llamado Vulcania.

Melchor, con sus doce años, vivía a su vez en la corte de su padre, el monarca Abimbín, en Celeste, el único de aquellos tres pequeños reinos que daba al mar. El reflejo del agua, tan cercana, devolvía como un espejo el color de los cielos, bañando las calles, las casas y las esbeltas torres del palacio real de tonalidades azules.

El más pequeño de todos era Baltasar, con sólo seis años, quien residía en el reino de Oasis, famoso en el mundo entero por el verdor de sus parajes cuajados de árboles y de plantas.

Los tres niños no se conocían entre si, pero compartían un sentimiento, el de sentirse tremendamente aburridos en sus respectivos Palacios Reales, grandiosos e imponentes pero poco acogedores. Sus padres andaban siempre demasiado ocupados en los asuntos de gobierno y en las relaciones con otras naciones, por lo que no les quedaba mucho tiempo para jugar con sus hijos, y raramente se acordaban, de no ser por sus consejeros, de hacerles algún regalo al llegar el día de sus cumpleaños. En verdad podría decirse que tenían tantas cosas a su disposición que no les faltaba de nada, pero no siempre lo más importante para los niños es tener de todo...

Un buen día los tres monarcas se reunieron en un Consejo de Gobiernos de la Comarca para examinar con los hombres más sabios de cada país si sus habitantes vivían bien



07.

y eran felices. Tras hablar de asuntos de política, economía y otros temas complicados, estando ya a punto de finalizar la reunión, un buen anciano que hasta entonces había permanecido en silencio, tomando tímidamente la palabra dijo así:

-Es de todos sabido que los ancianos, quizá a causa de que nuestra espalda se va encorvando y el peso de los años parece depositarse todo sobre los hombros, nos sentimos más cerca de la sensibilidad de los niños, por algo ellos notan frecuentemente una especial complicidad con sus abuelos.

Nadie puede dudar, majestades, de vuestro buen hacer al frente de estos tres reinos, a los que conducís con mano firme pero bondadosa, siempre preocupados por el bien de todos. Pero acaso vuestras miradas, por alcanzar a lo más colectivo, no es capaz de pararse en lo que tenéis más cercano. Hace ya algún tiempo que algunos venimos observando con preocupación cómo un suave velo de tristeza y soledad se va apoderando de las miradas de vuestros tres hijos, separados por las fronteras de sus estados correspondientes pero unidos en su condición de infantes reales. Es cierto que sus maestros son los mejores del continente, que su educación la más completa y correcta, sus vestidos los más ricos y sus estancias están repletas de obsequios y utensilios llegados de los rincones más distantes del planeta por la buena relación que vuestras majestades mantenéis con sus gobiernos. Sin embargo, apenas saben jugar, cantar o reír, pues no tienen cerca a otros niños con quienes hacerlo; ni son capaces de valorar la importancia de lo que ellos atesoran por no poder referirlo a otros muchos que no tienen ni lo imprescindible...

-Me apena vuestra reflexión- afirmó con seriedad el rey Abimbín, padre de Melchor, haciéndose portavoz de sus otros dos amigos, a quienes las palabras del anciano habían dejado cariacontecidos.

-¿Qué se os ocurre que debemos hacer al respecto?-

El buen Samir, que así se llamaba el anciano, respondió:



-Majestades, más que grandes tesoros ni montañas de regalos, lo que vuestros hijos necesitan es la compañía de otros niños que puedan ayudarles a desarrollar la imaginación y la creatividad, que llenen estos majestuosos jardines y estancias de risas y voces infantiles. -

El rey de Oasis alzó su voz para proponer a los presentes: -Parecen sensatas las palabras del buen anciano... Pongamos a su cargo la labor de buscar compañeros de juegos para nuestros hijos, pues a buen seguro que nadie como él pondrá más cariño y experiencia en el empeño. -

Pareció bien la idea a los otros dos monarcas y el anciano, aceptando la encomienda, se puso de inmediato manos a la obra.

Envió dos emisarios con una alfombra mágica a un pueblo de la lejana región de Andalucía, en donde él mismo había residido tiempo atrás durante varios años de su vida y de donde guardaba el recuerdo de los pequeños jugando alegremente en calles soleadas y plazas que eran lugares de encuentro de todos los vecinos. Aquellos emisarios reales tenían la misión de traer consigo, con permiso de sus familias, a los niños que seleccionaran entre los que mejor pudieran contagiar a Gaspar, Baltasar y Melchor su imaginación y sus ganas de jugar.

Pocos días después, la alfombra mágica se vio venir a lo lejos, eso sí, un poco más lenta de lo que había marchado debido a lo cargada que ahora regresaba. En ella llegaba un grupo de nuevos amigos para los tres hijos de aquellos monarcas orientales; sus nombres eran Pepe, Julio, Antonio, Juan, Ricardo, Francisco y Manuel. Pepe y Antonio, eran verdaderos artistas con los lápices y los pinceles, con ellos podían hacer brotar de una hoja de papel cualquier mundo de fantasía o los personajes más extraordinarios. Manuel era un genio con la madera; cualquier tabla rota o la rama de un árbol puestas en sus manos podían convertirse en un juguete prodigioso o en los



artilugios más maravillosos. Mientras tanto, Juan, Julio, Francisco y Ricardo, aún a sus cortas edades, tenían una capacidad natural para hacer fácil lo difícil, resolver obstáculos o dificultades y abrir alguna puerta que pudiera aparecer cerrada a la hora de organizar, junto a sus amigos, juegos, actividades, excursiones o cualquier otra aventura que pudiera nacer de su fértil imaginación.

Pronto los nuevos amigos congeniaron. Durante muchos días, en cualquiera de los tres palacios, jugaron con un balón que fabricaron con la tapicería de cuero de algún suntuoso sillón, se disfrazaron con los más ricos cortinajes y alguna corona que tomaron prestada de la cabeza de algún rey en la hora de la siesta, usaron las cocinas u otras estancias reales para jugar al "escondite" y alguna que otra vasija de los almacenes para algo parecido a un juego de "bolos".

Pasadas unas pocas semanas, Melchor, Gaspar y Baltasar, que nunca se lo habían pasado tan bien a lo largo de sus vidas, empezaron a pensar en lo divertido que sería poder hacer participar de sus juegos a todos los niños de sus respectivos reinos, y así de paso, si había algunos que por las razones que fuera se sintieran tan solos como ellos habían estado, y no tuvieran con quien jugar, podrían sumarse también al grupo.

Pensaron durante un rato a ver qué podía ocurrírseles para poder reunir a tantos niños en algo que fuera verdaderamente divertido.

Al poco, Julio exclamó entusiasmado: -¡Ya lo tengo! Haremos una cabalgata...-

-¿Cómo?- Se sorprendieron los otros. -¿A qué te refieres?

-¡Claro! Será como un gran desfile, en el que participarán niños que representen a vuestros tres reinos, y que recorrerá todas sus calles y rincones para hacer que a ninguno de los niños que no puedan venir hasta aquí les falte una sonrisa y un saludo de todos los demás-.

Enseguida se pusieron a trabajar. Improvisaron un gran taller en el patio de la residencia de Gaspar, a donde pronto llegaron maderas de viejos barcos que se encontraban almacenadas en el reino costero de Celeste y también troncos de los abundantes árboles del reino de Oasis. Con todo ello, Manuel, con la ayuda de otros pequeños que se fueron sumando encantados a la tarea, fue capaz de construir los amazones de hermosos carruajes que representaban tronos reales, escenarios llenos del exotismo oriental, pasajes de cuentos que recordaba de los que sus padres les contaban a la hora de dormir, hasta uno que se asemejaba a la alfombra mágica en que habían llegado hasta allí y que les había maravillado. Por su parte, Pepe y Antonio, con los verdes del país de Baltasar, con las tonalidades azules del de Melchor y con las tierras rojas, anaranjadas y doradas del reino de Gaspar, fabricaba las más luminosas pinturas con las que decorar y convertir en espejismos de colores cuanto Manuel iba construyendo. En sus manos, los papeles y las telas parecían tomar forma propia para moldear los más preciosos motivos. Mientras, Julio, Ricardo, Francisco y Juan no se queda-



ban atrás, y además de reclutar y organizar a los niños de cada corte que acompañarían a Melchor, Gaspar y Baltasar en las carrozas reales, convencieron a los monarcas para que permitiera a cortesanos y pajes acompañar el cortejo y para que les cediera los animales más exóticos que darían colorido a la vez que tirarían de los carruajes.

Poco a poco la expectación iba creciendo. Hasta se hacía difícil trabajar con tantas manos queriendo ayudar y tantas cabezas aportando ideas que ya no tenían cabida.

Los padres de los tres afortunados niños estaban entusiasmados con el cambio que apreciaban en sus hijos durante las últimas semanas y con cuanto se vivía en aquellos días entre sus súbditos. Juan se encargó de convencerles para que enviaran a sus séquitos a traer los juguetes más divertidos e ingeniosos que pudieran encontrar en cualquier país del mundo, de manera que no faltaran regalos para todos los niños, y también los mas sabrosos y dulces caramelos, que se repartirían a lo largo del desfile.





Al fin llegó el gran día. La cabalgata partiría del reino de Celeste para desde allí recorrer también Vulcania y Oasis. Las calles estaban engalanadas y llenas de personas que aguardaban con gran algarabía. Al abrirse los portales del Palacio Real un gran ¡Oh! de admiración se escapó al unísono de las gargantas de cuantos se agolpaban en los alrededores. Encabezaba el cortejo una grandiosa carroza tirada por osos polares, asemejando un majestuoso trono adornado en las tonalidades azules que eran propias de aquel reino y que hacían parecer que venía portado sobre las olas del mar; sentado en él, en lo más alto y visiblemente emocionado, aparecía el infante Melchor. A continuación otros armazones con ruedas tirados a su vez por elefantes, leones o hermosos corceles, representaban famosos cuentos como "La Reina de las Nieves", "la Bella Durmiente", "El Sastrecillo Valiente" o "Las Mil y una noches". Mezclados entre aquellos, cortesanos, pajes y soldados, brillantemente ataviados, iban acompañando la comitiva haciendo sonar instrumentos musicales, saludando con ambas manos al público expectante, repartiendo caramelos a puñados y entregando preciosos regalos a los niños, que entusiasmados por lo que estaba sucediendo apenas sabían hacia dónde mirar o a qué atender primero.

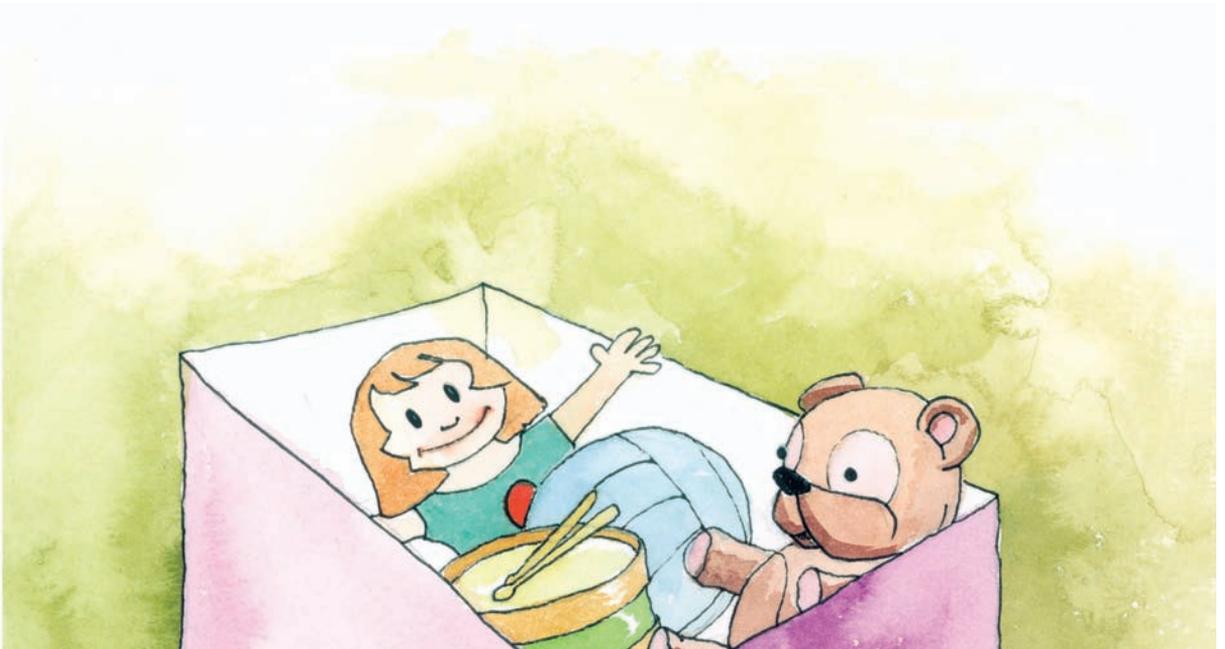
Mediado el cortejo aparecía la carroza del reino de Vulcania, coronada por el trono del infante Gaspar sobre estelas de tonalidades rojizas cuyo brillo deslumbraba a gran distancia. Cerraba finalmente el infante Baltasar, del reino de Oasis, ataviado de espléndidas vestiduras que refulgían aún más sobre su piel oscura, y sentado en un exótico trono conformado por dos altas palmeras y un tapiz de plantas de los más distintos tonos de verde.

Transcurrieron horas y horas en los que el desfile de fantasía iba cruzando las fronteras de uno a otro estado, avanzando por calles y caminos en las que a veces era tanto el público acumulado que se hacía imposible andar. Los ojos de los niños se abrían de asombro e ilusión hasta

más no poder y ya no se sabía quién era reflejo de quién, si las estrellas del cielo eran proyección de las gotitas de emoción que brillaban en las miradas emocionadas de los mayores, o si éstas relucían por el reflejo de aquellas, a fuerza de tanto mirar a lo alto.

Llegó la hora de concluir. Baltasar, Melchor y Gaspar se encontraban completamente agotados y aturdidos, incapaces de asimilar tantas emociones y tantas imágenes contempladas, pero entusiasmados por la enorme felicidad que habían podido hacer brotar en los corazones de tantos niños. Así también el resto de personajes del cortejo y el público que había inundado los caminos.

Nadie quería marcharse a su casa; los barrenderos reales se hacían los remolones tardando lo máximo posible en recoger los restos de serpentinas o celofán de colores que habían quedado por las calles; ni el viento siquiera soplaba, como no queriendo llevarse tan pronto esa amalgama de sonidos, de aromas, de voces, de sentimientos, que siempre se queda flotando en el aire tras los momentos



felices. Todos los habitantes de los tres reinos tardarían mucho en olvidar cuanto había sucedido en el atardecer de aquel cinco de enero de hace ya mucho tiempo, pues tal era la fecha en que estos acontecimientos habían tenido lugar.

Tras un sueño profundo y reparador que les ocupó el resto de la noche y buena parte del día siguiente, se reunieron de nuevo los infantes reales con aquellos amigos que tanta felicidad les habían permitido conocer en las últimas semanas. Era la hora de las despedidas. Juan, Antonio, Francisco, Ricardo, Julio, Pepe y Manuel debían regresar a su ciudad, donde les esperaban sus familias; la alfombra mágica les aguardaba dispuesta para el viaje de regreso. Los niños se abrazaron. Nunca olvidarían cuanto habían vivido juntos, aún sin ser conscientes todavía de que todo aquello cambiaría para siempre sus destinos.

A punto de despedirse, Baltasar, mirando ya hacia la altura entre azoteas y tejados por donde había de perderse momentos después la mágica alfombra, llamó la atención de los demás: -¡Mirad allí!-

Todos, volviendo sus ojos hacia donde señalaba el primero, descubrieron un caramelo, brillando tanto como la más luminosa estrella, que alguien había lanzado con tanta fuerza en la emoción de la noche pasada que se había quedado para siempre prendido del cielo. Allí había permanecido, como olvidado de todos... Y allí quedaría para toda la eternidad, con su estela de celofán, para recordar a quienes quisieran mirarlo, en cualquiera de las noches de la vida, cuanto se había vivido en aquella lejana región de Oriente el primer cinco de enero de esta hermosa historia.

Desde aquel momento en que lo vieron, urgidos por un especial fuego que parecía arder en sus corazones, los niños sellaron un pacto: Cada año en su ciudad de origen, Manuel, Juan, Antonio, Francisco, Julio, Ricardo y Pepe,



ayudados por otros amigos, dispondrían todos los preparativos y construirían carrozas nuevas para hacer una cabalgata de ilusión y fantasía a la manera de la que juntos habían ideado en aquellos lejanos países; por su parte, Melchor, Gaspar y Baltasar vendrían, acompañados de sus séquitos y cortesanos, para ocupar desde los tronos los lugares principales y repartir los mejores juguetes y regalos a todos los niños del mundo.

Así es como, por muchos años que pasen, la creatividad, la constancia y el compromiso de aquellos que entonces fueron niños y que para siempre mantuvieron el corazón como tales, unidos a quienes les han ido acompañando, cada 5 de enero por la tarde, hacen posible que un cortejo esplendoroso y tres preciosos tronos, azul uno, rojo otro y verde el tercero, estén preparados para cuando llegan sus altezas, ya coronados Reyes desde que faltaran sus augustos padres, ya crecida la venerable barba en sus rostros, pero intacta la ilusión en su alma, como aquella primera vez. Y así, desde esa ciudad de Andalucía que, se nos olvidaba decirlo, se llama Alcalá de Guadaíra, sus majestades llegadas de Oriente comienzan su precioso cortejo por todos los hogares del mundo.

Cada año se encarga de recordarles su compromiso un caramelo "olvidado" en el cielo, al que desde ya hace siglos llaman Estrella de la Ilusión, que les muestra sin descanso cómo el camino de la AMISTAD es el único que conduce a la FELICIDAD de los niños.

Nunca nadie pudo decir con certeza quién lanzó con tanto entusiasmo aquel mágico caramelo, pero a buen seguro que su nombre estaba, conscientes ellos o no, en el corazón de cuantos fueron capaces de derrochar tanto amor y tanto esfuerzo para hacer más hermosa la vida de los demás.

F I N



Este cuento se acabó de imprimir el 6 de diciembre de 2007, Día de la Constitución Española, cuando falta un mes justo para la Epifanía del Señor, festividad de los Reyes Magos.



FRANCISCO MANTECÓN CAMPOS Alcalá de Guadaíra, 1966.

Casado y con dos hijas, a las que ya se hace referencia en la presentación de este cuento.

Licenciado en Bellas Artes, especialidad de pintura, sin que —a su parecer— venga al caso en esta página hacer mención de exposiciones realizadas ni premios obtenidos.

Trabaja como técnico superior en el Ayuntamiento de la ciudad, actualmente adscrito al Museo y a los servicios de Cultura y Patrimonio Histórico. Defiende con entusiasmo y orgullo la vocación de servicio público que ha de tener un trabajador municipal, y cree firmemente en que ésta puede desarrollarse a la perfección en la administración cultural, pues aunque desde ella no se tiene la responsabilidad directa de cubrir las necesidades más básicas de los ciudadanos, sí que se puede contribuir a hacer más hermosa y agradable la vida de las personas.

Sólo dice poder presumir de un buen “puñado” de amigos.

Es la primera vez que escribe o ilustra un cuento infantil, confiando en que esto mismo sirva de disculpa a las carencias que los lectores puedan encontrar. Esta experiencia forma parte de su proyecto de vida: No ser “maestro de nada” y sí “aprendiz” de todo cuanto pueda...



Patrocinan:



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaíra
CULTURA
FIESTAS MAYORES



ESTUDIO RIO GUADAIRA 2002, S.L.
Tlf: 955 69 88 07 Fax: 955 69 88 13
Avda.Santa Lucia, 31- 33 - Alcalá de Guadaíra
info@e-rioguadaira.com



LAREVISTA DE ALCALÁ